



Érase una vez en el Parque Las Heras

Agustina Viazzi

Frente a la pluralidad de actividades observadas en el Parque Las Heras un sábado en la noche es que comienzo a preguntarme acerca de cómo ese espacio practicado¹ puede albergar en un mismo momento a individuos y grupos diversos; qué tipo de relaciones se plantean con el lugar² en la noche y qué posibilidades de dominio y apropiación espacial se pueden apreciar.

Esbozaré un análisis de mi experiencia como “observadora” que no deja de estar atravesado por mis experiencias previas³ que contribuyen a mi manera de habitar este espacio en tanto construcción social y física. Pierre Bourdieu (1999) presenta el caso etnográfico de “la rue des Jonquilles” avenida sin árboles habitada por familias francesas e inmigrantes donde los efectos de cohabitación a lo largo del tiempo han generado identidades diferenciales hacia dentro de una población marcada por la desindustrialización y el desempleo. Desde allí ejemplifica cómo las urbanizaciones reúnen a personas que todo separa, aunque no se pierdan ciertas jerarquías: los nacionales se sentían incómodos con la vecindad extranjera, por ejemplo. Allí es donde se afirma y ejerce el poder de aquellos que posean más capital específico que otros:

En un momento se pone oscuro, acercándose a la calle pegada al río, unos árboles altos tapan la luz sobre el caminito. (...) Escucho que alguien chifla. Miro, y me parece que desde la garita me hacen señas (...) Respiro hondo y me digo a mi misma que todo va a estar bien. Son unos 40 o 50 metros de distancia. Lo veo acercarse, es un hombre de unos cincuenta años, con bastante panza, pelo oscuro, tez curtida.

1 Parafraseando la idea de “prácticas del espacio” (De Certeau, 2000) que remiten a “operaciones en otra espacialidad” más allá del concepto de ideal de una ciudad planificada y donde la vida social de los individuos se ejecuta.

2 Para Bourdieu (1999) esta noción se refiere al “espacio físico”, en tanto localización como posición referencial.

3 Yo voy regularmente los viernes en la noche al Parque Las Heras a tocar candombe.

Cristian - ¿Por qué estás sacando fotos?

Yo- Soy estudiante de Antropología y estoy haciendo un trabajo de observación, me tocaba venir al parque en la noche.

- (respira hondo) ahhh

-Si quiere se las muestro y las borro

- No, no, está bien.

- Yo soy de los viernes, de los que venimos a tocar ahí (señalo el sector donde siempre solemos estar), por eso conozco algo del parque, pero hoy vine por la facultad, nunca había venido un sábado.

- Ahhhh, sí, sí, yo los veo los viernes, siempre ando por acá con la feria. Disculpa es que nos están robando los tablones, una barbaridad, y te vimos ahí con las fotos (ahí comprendí que él y el otro señor del carro y la Ford eran los encargados de armar y desarmar el mobiliario de la feria) (Nota de campo de Viazzi, 2015)

He decidido empezar por plantear mi experiencia como interlocutora para ver cómo yo misma di “poder” a Cristian de borrar las fotos de mi registro como si hubiese necesitado su permiso previo para sacar fotos en el lugar. Si bien el posicionarme como “de los viernes” permitió tener una charla más amena y obtener de ella buenos datos, yo me deje interpelar por el rol local de estos sujetos que delimitan semanalmente el predio, “dominando” diferencialmente los espacios para ocuparlos con la feria. “La posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar físico en el que está situado” (Bourdieu, 1999, p.120). Y ellos parecen tener una postura firme frente a esta apropiación tanto física como social de un sector del Parque:

Yo- Nos han dicho (a nosotros candomberos) que este predio está vendido, que van a sacar la feria.

Cristian – Se dice de todo, pero viste cómo está la situación. Somos 2800 feriantes acá, está difícil moverlos. Dicen que van a mover 300, 400, ponerle que lleguen a 1000 ¿Pero que van a hacer con todo el resto? Está difícil que lo mueva. Además Mestre firmó para que esté esta feria, no va a pasar como la de Alta Córdoba. Acá es gente muy pobre, que se hace la plata para toda la semana quizá acá. (Amaga con irse) Tené cuidado acá, a la noche se pone bravo (...) Cuidate. Está bien que estés estudiando, cuidate.

-Sí, sisi, ya termino y me voy. Agustina soy.

-Cristian.

Mientras esa conversación ocurría, yo había observado que:

Hacia el final del puente, un manchón de orín en el piso me hace tener que saltarlo, y así me adentro al parque que se caracteriza por sus penumbras constantes con varios manchones de luz amarillenta que lo hacen parecer marmolado como torta de chocolate y vainilla. Hay poca luz, o más o bien hay poca nitidez y los colores se transforman (...)

En la cancha multiuso unos 14 adolescentes juegan a la pelota (...) No tienen público (...) Abajo, en el parque, aún hay mesas armadas (tablón y caballete). (...) Hay camionetas estacionadas dentro del parque, a donde la gente se acerca guardando cosas. (...) El viento mueve las bolsas y cada tanto se escuchan goles y festejos del partido a mis espaldas. La señora rubia sacude, estira y dobla un mantel oscuro.

(...) Camino y escucho a un hombre dando instrucciones a su perro (...).

Un grupo de adolescentes viene cruzando el parque en dirección opuesta al río. Cuando ya estaban cerca los observo redirigirse hacia el otro lado y los escucho comentar que no sabían muy bien a donde ir. Zigzagueaban el predio (...) Un adolescente esperaba solo en la parada de autobús (...) un muchacho recién bañado pasa con una parrilla adentro de una bolsa plástica en una mano y una bolsa de carbón en otra.

(Nota de campo de Viazzi, 2015)

La cancha donde sucedía el partido, perteneciente a la Dirección Municipal de Deportes, estaba delimitada por un tejido de alambre aunque la puerta estaba abierta y por ello podía usarse. Esa zona estaba plenamente iluminada. Con el enrejado y la iluminación sectorizada del Parque, el Estado, a pesar de la “ausencia” de agentes reguladores (no había policías ni inspectores) tenía “presencia” a la hora de demarcar la circulación por el espacio. En paralelo, Cristian me había advertido del peligro al caer la noche por a falta de claridad en el sector ocupado por la feria. Había, entonces, elementos del ámbito del macrocosmos que eran relevantes a la hora de configurar las relaciones sociales y físicas con el espacio y entre sus agentes.

Si bien es un factor que no puedo menos que mencionar, mi interés analítico radica en el uso efectivo por parte de los agentes observados y no cuestiones subyacentes y/o estructurales. Para ello, me serviré del trabajo de Ernesto Licona Valencia (2007), que diferencia las plazas “metropolitanas” de las “barriales” en la Ciudad de Puebla, México. Entiendo que el Parque las Heras es un fuerte lugar generador de identidades cordobesas sin dejar de ser – a la vez – un lugar de paso obligado por su ubicación geográfica. Desde la feria que es un polo de intercambio económico muy importante, los adolescentes haciendo uso recreativo de la cancha de deportes, el hombre aseando a su perro en el sector con pasto, el muchacho de la parada de colectivo; podemos ver la yuxtaposición de prácticas sociales. Incluso yo me identifique como “de los viernes” con Cristian. Si quisiéramos seguir al pie de la letra las definiciones de Licona Valencia, diríamos que el Parque Las Heras es una “plaza metropolitana” por ser un centro de referencia de la Ciudad de Córdoba, dentro de la zona del centro, a donde llegan sujetos heterogéneos con intenciones preconcebidas y diferentes. También la advertencia de peligro que recibí de Cristian sirve para pensar que el Parque también puede albergar prácticas “ilegales”. Volviendo a Bourdieu, esta yuxtaposición obligada de la vida social no es siempre armónica y no hay unívocos alcanzables por el o la analista.

El autor mexicano dice que “los espacios públicos barriales albergan personas más homogéneas socialmente, donde es difícil que el turista se aventure” (Licona Valencia, 2007, p. 169). Para empezar, sin lugar a dudas, el Parque no representa una atracción turística. La falta de luminaria y limpieza lo acreditan y tensionan su definición como “plaza metropolitana”. Segundo, las personas de paso y los paseadores de perro me ha-

cen pensar en que mucha gente es vecina del lugar y lo usa de manera más cotidiana. Pero, definir algo “barrial” por la “proximidad territorial de los vecinos” (como lo hace Licona Valencia) es algo para mí imposible de hacer en un rato de observación. Por ello la importancia metodológica de observar minuciosamente las particularidades de los microcosmos, sin perder de vistas el macrocosmos que nos alberga: Como habitante de la Ciudad de Córdoba, entiendo que el Parque es un lugar referencial pero no tan central en la simbología de una ciudad metropolitana como por ejemplo sí lo es el Parque Sarmiento. El Parque Las Heras en la noche tiene un acceso restringido pero que no plantea el abandono total del espacio sino que representa configuraciones de usos diversos no necesariamente ligados a la delincuencia y/u otros tipos de prácticas “peligrosas”, aunque no las excluye. La percepción de la inseguridad (Reguillo Cruz, 2008, p. 65) ligadas a este territorio aparece en el discurso de Cristian pero no las percibí al observar a los adolescentes zigzagueantes y al paseador de perros entre penumbras.

...Me atrevo a dudar y vuelvo al énfasis del rigor etnográfico. Las categorías de Licona Valencia sirven pero no totalmente, ya que su reflexión surge en relación a otros espacios practicados en otra ciudad. Fueron muchas situaciones, un mismo espacio, atravesado por luz amarillenta o su ausencia. Como dice Bourdieu, nunca podré abarcar la totalidad del punto de vista urbano.

Referencias

- Bourdieu, Pierre (1999). “El espacio de los puntos de vista”, “La rue de Jonquilles” y “Efecto de Lugar”. En *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, Michel (2000). “Andares de la ciudad”, en *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO
- Licona Valencia, Ernesto (2007). Plazas metropolitanas y plazas barriales en la ciudad de Puebla. En Portal, María Ana (coord.) (2007): *Espacios públicos y prácticas metropolitanas*. México: CONACYT.

Reguillo, Rossana (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. Ciudad de México: *Alteridades*, 18(36), 63-74. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172008000200006&lng=es&tlng=es.